

• VIDA NORMAL •

Victor Espinoza Valle



Ay mi Mazatlán

“Si no fuera por el mar, Mazatlán no sería nada”, me dice un profesor de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Un rato después precisa: “Bueno, si no fuera por el mar y el ‘narco’. Basta con rascarle tantito y la cultura del narcotráfico aflora en esta tierra sinaloense. Recuerdo que alguna vez Carlos Monsivais afirmaba que ‘Héroe es todo aquel que genera empleos. Los ‘narcos’ son empleadores efectivos”.

Ellos han sido benefactores de pueblos pobres; los han electrificado, levantado consultorios médicos, abierto calles y reconstruido templos e iglesias. En un pueblo de Michoacán cuyo nombre se me pierde, hace años me tocó ver que al santo patrono, el benefactor le había colgado una réplica de un radio transmisor enorme y de oro macizo.

En Mazatlán los taxistas ofrecen una ruta turística por lugares donde han asesinado a ‘narcos pesados’, de manera destacada el “Cochi loco” y Ramón Arellano Félix. En la llamada “zona dorada” se concentran los grandes edificios y hoteles construidos seguramente con dinero proveniente del tráfico de drogas. “Mazatlán venía creciendo mucho por las inversiones de los ‘narcos’; pero ya no los han dejado. Han sido perseguidos y muchos emigraron o están en la cárcel”, me dice otro investigador universitario.

Muy cerca del lugar donde asesinaron a Ramón Arellano se encuentra un lugar de baile enorme: La Herradura. Los fines de semana aproximadamente dos mil personas se reúnen a escuchar música norteña y de banda.

Precisamente este último fin de semana se presentaban los mismísimos Cadetes de Linares. En medio de un calor insoportable aparecieron impecablemente ataviados con sacos verdes de poliéster. Dos mil cuerpos seguían el ritmo norteño de los únicos e inconfundibles músicos de Nuevo León. Con lo mejor de su repertorio movieron al respetable; no pudieron faltar canciones como Dos Amigos o las Tres Tumbas. Entre los saludos que lanzaron al auditorio destacó la mención a un jefe policiaco. Los fuereños nos volteamos a ver: Todos los protagonistas de la nota roja estaban ahí. Algunas de las canciones interpretadas son de las que no aparecen en los discos: Son los ‘narcocorridos’ más fuertes. Describo la historia que cuenta uno de ellos: Un jefe ‘narco’ cumple años. Sus empleados tratan de quedar bien y le llevan costosos regalos: autos “Grand Marquis”, joyas, escrituras de casas. Pero uno de sus trabajadores anda “corto de feria”, y decide darle de regalo algo muy sentido y apreciable por su jefe: El cadáver de un enemigo. Asesina al susodicho y se lo lleva a ofrendar al jefe. Le dice “yo soy pobre y le traigo algo con mucho afecto: Habra la cajuela del carro y lo verá”.

El concierto es una exaltación del ‘narco’. Es la cultura popular que encuentra en el personal que convive en La Herradura el caldo de cultivo para reproducir el negocio y sus valores. Veo a todos esos empleados entre los 20 y los 25 años que escuchan las historias de valor y de arrojo. En una buena “transa” podrían ganar lo que en una semana sirviendo bebidas. Veo a todos estos jóvenes que se vienen a divertir y cuyo horizonte es el trabajo en la fábrica o en los niveles menos remunerados del mercado laboral. Una pareja que es un ícono de la cultura del ‘narco’, baila despreocupadamente y expone sus joyas como símbolo del éxito. Me ilustra mi anfitrión: “Aquí en Mazatlán se dice que por 10 mil pesos se puede alquilar a un sicario; en eso se tasa la vida”. Me estremece el dato.

Salgo de La Herradura con mil interrogantes. Pero hay una que pudiera incluir a las otras y a la que no le atisbo soluciones: La cultura del ‘narco’ es una realidad arraigada en lo más profundo de la identidad cultural de buena parte de nuestra población norteña. ¿Cómo brindarle opciones a nuestros jóvenes antes de que se conviertan en carne de cañón? ¿Como transformar los valores del dinero fácil al margen de la educación? Cuando escucho que algún político ya sabe cómo resolver el problema del narcotráfico y sus consecuencias me pregunto ¿por cuántos votos intercambia sus magníficas ideas? Para ahondar en el pesimismo afirma una compañera economista: “y en los años por venir se ahondará la crisis”. Encomendémonos a San Jesús Malverde.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.